**EMOCIONES INTELIGENTES**

**Virginia Azcuy**

En este tiempo que vivimos, nos invaden diversos sentimientos y emociones, que a veces se hacen difíciles de sobrellevar: cansancio, contrariedad, incertidumbre, miedo, tristeza. Cada una y cada uno necesita lidiar con cuestiones prácticas de la vida cotidiana y, a la vez, con estados anímicos nuevos, cambiantes, no exentos de perturbación e inquietud. ¿Qué mediaciones nos pueden ayudar a transformar positivamente nuestras emociones? Pienso que los relatos de la resurrección, las apariciones y la ascensión del capítulo 24 de Lucas pueden aportarnos varias luces.

El final del evangelio de Lucas y el comienzo del libro de los Hechos nos ubican en el tránsito entre la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús, en el camino que va de la tristeza a la alegría, del temor a la paz, que precede a la venida del Espíritu Santo y al comienzo formal de la Iglesia. El capítulo 24 en particular, que trata sobre las mujeres en el sepulcro (1-8) y su testimonio (9-12), las apariciones de Emaús (13-35) y a los apóstoles (36-43) y la ascensión (50-53), expone diversos sentimientos y emociones vividas por las mujeres y los discípulos en este tránsito. Por algún motivo, Lucas no destaca el lugar de las mujeres como discípulas de Jesús, como se hace evidente al omitir la aparición de Jesús a María Magdalena, presente en Mc 16,9; Jn 20,16 y Mt 28,9 (ver Marinella Perroni, “Discípulas, pero no apóstoles: la obra de Lucas”, en La Biblia y las mujeres 4).

En cuanto a las emociones, en el sepulcro, se presenta a las mujeres “llenas de temor” (Lc 24,5); ese mismo sentimiento acompaña a los discípulos cuando se les aparece Jesús: “atónitos y llenos de temor” (24,37). Un primer elemento que interviene en los relatos para superar este estado interior es la invitación a la memoria de lo ya anunciado y prometido: los mensajeros del sepulcro piden a las mujeres que recuerden lo que Jesús les decía sobre su muerte y resurrección y ellas recordaron (24,6-8). Ellas contaron todo lo vivido a los apóstoles, pero ellos “no les creyeron” (Lc 24,11); los discípulos de Emaús, para creer, necesitan que Jesús les hable en el camino, les reproche su falta de fe en el testimonio de las mujeres y les explique las Escrituras (24,13-35). Pero este nuevo testimonio tampoco fue suficiente para los apóstoles, quienes al ver a Jesús resucitado se llenaron de temor hasta que vieron las manos y los pies de Jesús y se llenaron de alegría (Lc 24,38-41).

En un relato posterior dedicado a las últimas instrucciones de Jesús, se completa el panorama porque el Señor recuerda sus enseñanzas sobre el cumplimiento de las Escrituras y les abrió su inteligencia para que pudieran comprenderlas, sobre todo las referidas a su muerte y resurrección, así como a su predicación a todas las naciones (Lc 24,45-47). En ese contexto, Jesús les dice: “ustedes son mis testigos” (24,48) y preanuncia el don del Espíritu, que se retoma al comienzo de Hechos: “recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que descenderá sobre ustedes y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8). Ser testigo de la resurrección de Jesús exige transitar del temor a la admiración, animarse a recordar para entender y a tocar para creer. Quienes creemos apoyamos nuestro testimonio en otras y otros que hicieron este tránsito y se dejaron transformar en sus emociones negativas para creer. ¿Queremos testimoniar la resurrección?, ¿con qué emociones?, ¿cuáles puntos de apoyo?

En este tiempo pascual, pedimos a Jesús que sane nuestras emociones de temor, incerteza y tristeza, para que seamos capaces de acoger la admiración, la alegría y lo nuevo e inesperado. También pedimos que se abra nuestra inteligencia, para que podamos comprender el llamado de Dios en este tiempo y mudar nuestras emociones ciegas en emociones inteligentes.



Del Facebook de Virginia Azcuy